

El museo deslumbrante

Escribe: FERNANDO ARBELAEZ

— XI —

El aire de Olimpia amaneció limpio, saludable; su esbeltez se adivina en los árboles y en las columnas, que se alzan y refulgen con una blancura de cementerio. Hay algo mortuorio en el ambiente: parece que las hojas y las ramas se hallaran allí como una ofrenda votiva; como si los árboles hubieran sido plantados con esa intención intermediaria que las guirnaldas tienen ante la muerte. Además, un gran silencio que apenas perturba nuestros pasos. El aire tan puro y fresco me produce cierto escalofrío.

Para llegar hasta las ruinas es necesario hacer un pequeño recorrido desde el hotel, por un camino un poco desmañado y triste y, de nuevo, "como en México", nos topamos con una tropilla de burros cargados. Un poco más atrás un par de poderosas turistas germanas nos siguen. El plano indica que hemos cruzado el río Kladeos —un arroyuelo casi tímido— para entrar en el recinto de la vieja Olimpia, y que al frente tenemos el monte Kronion. Circulamos por las murallas, que se pueden cruzar de un salto, hasta llegar a la palestra y al gimnasio; después, bajo una bóveda de piedra que aún mantiene intacta su estructura, regresamos al cerrado espacio en donde se encuentran las ruinas del templo de Zeus y los altares magníficos. En el corazón de la ciudadela el sentimiento de esa lúgubre quietud se vuelve torrencial. Observo los vigilantes que circulan con su cansancio silencioso; de repente surgen detrás de una pared en los monumentos como formas espectrales de nosotros mismos. Resuena en todo el ámbito el disparador de mi cámara cuando tomo la silueta de Helena, que posa con el fondo del templo olímpico y sus numerosas columnas medio derruidas. Súbitamente un leve golpe en la espalda me produce un íntimo sobresalto. Es una de las alemanas que con su mejor sonrisa y un inglés incipiente me pide que les tome la misma foto. Lo hago muy a gusto y con cierta alegría de salir por un instante del silencio que me apabulla.

Creo que esta sensación de soledad viene de la inevitable monotonía que hay en el espectáculo de las ruinas un día tras otro, y se me ocurre que si tuviera tiempo suficiente, sería otra mi profunda respuesta: en vez de este aire de cementerio encontraría una luminosidad sonora, un resplandor hipersensible en el mármol y en los árboles que me circundan. También algo he de abonar al cansancio de la noche pasada.

Camino con las manos entre los bolsillos mientras Helena pasea sus elásticos pantalones verdes por entre los muros y los altares. Y medito, con esa meditación vacía de quien deliberadamente se pone a meditar: de-kathlon... pentathlon... los atletas desnudos... fragmentos que surgen de la oquedad de la memoria, sin que encuentre forma de convertirlos en la reflexión más insignificante. El sigiloso fulgor de los pantalones verdes apaga en mi conciencia el último resplandor de la llama olímpica.

El almuerzo en el Spap, increíblemente refinado, termina con unas manzanas deliciosas. Helena ha hablado todo el tiempo de los hoteles Hilton, y sigue su discurso sobre sus maravillosos servicios, después de dibujar su boca cuidadosamente con un rojo violento. Mientras la oigo hablar e hilar sin término sus observaciones y sus recuerdos, pienso que toda ella es algo así como una fuente de oro que se vuelve maciza y tersa como un casco marcial en el pelo y se riega por los brazos en vegetaciones suavísimas que relampaguean con las extrañas irisaciones de sus hilos metálicos. Me siento en el colmo de la felicidad al percibir ciertas miradas vigilantes en nuestro redor y el tiempo no cuenta. Sin embargo, ahí está Juan en el pasadizo para recordarnos que han abierto el museo y que es necesario visitarlo, antes de continuar hasta Nafplion a donde tenemos planeado llegar en el curso del día.

Desde luego que vimos la Victoria de Paionos y las metopas escultu-
rales del templo de Zeus y tengo que decir, con todas las guías existentes y con todos los manuales de arte, que son obras maestras; desde luego que recorrimos, como conviene en una de estas visitas, cada una de las salas del museo con todas sus maravillas; algo me lo repite con tanta certeza que tengo que suscribirlo, pero de nada de esto tengo memoria: la visión de ese pequeño cuarto en una de cuyas esquinas está el Hermes de Praxíteles borra todo lo contemplado. Desde la oscuridad el recuerdo emerge solo, como una exclamación de la maravilla. Lo primero que vi fue el pie ceñido por la sandalia delicada, y luego esa pierna alta, que asciende hasta la rodilla como una corona; el otro pie, aéreo, un poco atrás, sosteniendo apenas la línea pura del muslo, cuya increíble palidez desemboca en el sexo frutal, en el gozoso vientre, en la firmeza del pecho, en el cuello que inclina hacia adelante la cabeza como una espiral de delicia. El brazo izquierdo acoge el niño Dionisos y el derecho es un muñón en donde quedan truncos los músculos juveniles, que no se pueden adivinar en la axila sombreada por los bordes del sueño. Los ojos miran más allá, como si a sí mismo se contemplase; como si un eterno espejo frente a su figura le devolviera los racimos que glorifican la frente y el resplandor todo de su éxtasis. Por primera vez sentí que mi corazón, que mi mente, que mis ojos se enriquecían en un instantáneo desbordamiento tumultuoso y sobrecogedor.

A pesar de que mis nervios trepidaron por un instante y que dentro de mí experimenté el trastorno de inenarrables asociaciones, siento casi en seguida una tranquilidad vegetal, un apacible júbilo inexplicable. El momentáneo punto de alerta se vierte en la pura calma; los nervios han tornado a su lugar y apenas me doy cuenta que Helena me observó con atención cuando estuve totalmente sumergido en el asombro; tengo la mi-

rada vacía y algo ha vuelto a dormir en lo más íntimo del ser. Pero sin duda alguna ya no soy el mismo. Tengo la impresión de haber llegado a un límite, es decir: la conciencia me ha llevado un poco más allá, pues solo al experimentar lo limitado se nos permite la sensación de lo infinito en forma real. Quizás esto signifique que no siempre estamos atentos a nuestras medidas y que tan solo las grandes creaciones, aquellas que han dejado la huella heroica del hombre, nos pueden trazar el contraste agobiador.

El viaje hasta Nafplion, con una larga parada en la estación de gasolina para hacer cambios en el automóvil, no distrae mi disfrute mental con los recuerdos de Olimpia. Me dejo llevar por una vaga ensoñación con los ojos pegados a los cristales, mientras el paisaje corre ante mí sin interés alguno. Pienso, sin embargo, que la obligada permanencia ofrecida por el destino dentro de este automóvil, no es un espacio adecuado para los recuerdos. El amor va dentro de mí, me desborda, casi creo que va a mi lado, entredormido. Quizás la forma de contemplar mi mundo interior estaría en peregrinar por estos caminos y no tener metas fijas y preestablecidas; detenerme con los pastores y dialogar con ellos frente a un jarro de vino, una hogaza de pan, un plato de aceitunas; oír el correr del viento y la suave caída del otoño dorado; escuchar una pequeña fuente entre las piedras y los leños, y ver cómo los pájaros abandonan sus nidos; contemplar muchas veces la puesta del sol desde la colina; enjugar los ojos amados en el brocal del pozo y decir adiós con la resignación y la impaciencia de todo lo que sucede en la naturaleza.

Llegamos al anochecer. No hay notas en mi libro de viaje. Recuerdo solamente el negro mar del puerto y la cena en un pequeño restaurante entre marinos y obreros. Los instantes en que parece que logramos la plenitud de los deseos, por una extraña e invariable circunstancia, no dejan huellas en la memoria; como al aire nos habituamos a ellos y los olvidamos. Es imposible escribir lúcidamente sobre la felicidad. Es esta una prueba de que ella no es más que un producto imaginario. Y, sin embargo, esa felicidad nos desgarrar.

En el restaurante hay un cantor que se acompaña con el *buzukia*. Aire vital de puerto: enmarañados pechos, nuca poderosas, brazos que hacen descansar sus espesas musculaturas. Helena se ha puesto un perfume francés que mantiene cerca de mí una tenue atmósfera en la que están implícitos todos los instantes con su perturbadora mezcla de terror y de júbilo. Siento el presente con una plenitud inextinguible a través del pequeño mundo en el que resplandece el calor del sol, la fuerza del placer, todas las fuentes misteriosas de la existencia, que conservan intactas estas doradas razas de las islas, famosas por su alegría desde hace tantos siglos.

Anamessa Syro Kai Tzia... Entre las islas de Syros y Kea... La canción de Odiseos Elytis, tantas veces oída en Atenas, se repite en la noche, persigue nuestros pasos en la vía costanera por aquella oscuridad surcada de semáforos marinos y el rumor del oleaje que murmura sus inmensos relatos.

La fortaleza de Palamidi en la mañana. Magníficos restos de la Edad Media en lo alto de 999 escalones, pronto devorados con la visión de Tirinto,

de Epidauro, de Micenas, de Corinto, que consumen el día, y que recorremos en oleadas, apresuradamente, casi a hurto de toda su belleza. La fantástica hazaña de Schliemann se me reduce a momentos fugaces en aquel día vertiginoso.

Los hados fueron adversos en Tirinto. Lo que para mí será siempre inexplicable, es el motivo por el cual no nos dejó Juan a la entrada sino a la salida de las ruinas. La verdad es que no reparamos de que ahí estaba el éxodos, y buenamente penetramos con los mejores augurios bajo el cielo limpidísimo. Ascendimos con nuestro querido conductor, que caminaba un tanto perezosamente a unos pasos de nosotros. De repente nos encontramos con un grupo de visitantes, y ahí fue la catástrofe.

Uno de los celadores del lugar nos miró, volvió a recontar el grupo que venía en sentido contrario al nuestro como si estuviera viendo visiones, nos volvió a mirar con un aspecto mortal y empezó a vociferar en forma aterradora, como si hubiésemos cometido el más espantoso de los sacrilegios. Después de unos instantes, comprendo la situación: carecemos de los boletos de entrada, que es necesario adquirir rigurosamente en todos los monumentos de Grecia. Intento explicarle en todos los idiomas que podemos adquirirlos a la entrada, que será nuestra salida, al terminar la visita, pero no entiende y mis palabras, dichas en un tono mesurado, lo único que logran es aumentar su exasperación. Juan trata de interceder pero sus razones son completamente inútiles, y esto toca los límites de mi cortesía. Grito también, ahora en español puesto que él lo hace en griego, para decirle que por ningún motivo regresaré y que al final pagaré las entradas; que de todas maneras no voy a derrochar mi tiempo en un esfuerzo inútil. Y lo repito varias veces con toda la vehemencia de que soy capaz, como si alguien pudiera entenderme en varios miles de quilómetros a la redonda. La energía de mi tono parece aplacarlo un poco, pero continúa furibundo. Helena, que todavía no entiende nada, con voz trémula me insinúa que salgamos lo más pronto posible porque algo puede ocurrir. Pero yo soy terco, no me importa desafiar al mismísimo Ares, y continúo mi camino tratando de aparentar tranquilidad, con Helena y Juan atemorizados en pos de mí. Hago el recorrido con toda lentitud mientras el celador marcha junto a mí, casi rozándome, jadeante, con los ojos desorbitados como un perro rabioso. Pero es inútil, nada puedo ver de las sagradas murallas. El incidente ha derrumbado todo el encanto de las primeras horas y el celador no torna a su estado normal sino cuando deposito el último dracma en la portería. Con todo, nos sigue mirando después de haber salido, con esa inenarrable y odiosa satisfacción del deber cumplido. Yo no puedo resistirme, y desde lejos, me pongo la mano abierta en la punta de la nariz y la muevo, lo que provoca la risa de algunos visitantes. Este es el punto final, el celador me vuelve la espalda olímpicamente y regresa a su paciente trabajo.

Enrumbamos hacia Epidauro con un mal humor de todos los demonios. El imbécil incidente ha destrozado mis nervios y la alegría de Helena que había amanecido jubilosa. Ha destrozado el día y creo que hasta Juan ya no conduce con esa serenidad que tantas veces me ha hecho soñar en sus antepasados.